

EL MERIDIANO

Victoria Martínez

Nuestras raíces

SE lamentaba Miguel Ángel Berna, en la entrevista de este miércoles en ZTV, de que los jóvenes que acudían a sus clases en la Escuela Municipal de Música y Danza de Zaragoza, al salir de allí, no tenían dónde bailar la jota. «Es como si estudias inglés y luego no tienes con quien hablarlo», aseveraba. Como contrapunto, hablaba de otras comunidades, como la andaluza, donde, en cada feria de abril o de agosto, las casetas se convierten en espacios donde disfrutar y vivir su folclore, ya fuera en forma de sevillanas o de flamenco.

Para hacer de la jota una tradición viva y vivida, apuntaba Berna, sería necesario sacudirnos vergüenzas y complejos e incorporarla a nuestras vivencias cotidianas, que fuera un elemento más de la fiesta, y que no quedara restringida únicamente a los escenarios y a interpretarla con los trajes típicos.

Les confieso que no soy una gran seguidora de la jota, pero lo que dijo Berna me hizo pensar en cómo a veces nos avergonzamos de nuestras raíces, y eso nos lleva a que nos coman terreno por muchos lados; el robo sistemático de nuestra historia y nuestros símbolos es solo uno de ellos. «Aragón –decía Berna– perdió su salida al mar y así nos hemos quedado, aislados».

Estos días, la presidenta aragonesa sigue con su 'tour' para tratar de vender las virtudes de nuestra Comunidad en las regiones próximas. Los aragoneses solemos ser siempre bien recibidos en todas partes, se nos suele reconocer como gente noble y honesta –amén de testaruda–, y poco beligerante, pero tal vez sea hora de cambiar de talante y echarle un poco más de rasmia a nuestro carácter para que fuera sepan lo que valemos... Y para que desde dentro lo apreciemos.

Un ejemplo, volviendo a Berna: sin duda todos recordaremos el precioso audiovisual que mostraba su arte en el Pabellón de Aragón de la Expo de 2008, gracias a la elegancia y el virtuosismo de Carlos Saura. En él, vimos y vivimos otro Aragón, el de nuestra naturaleza y nuestro arte, pero también de nuestros artistas y nuestras raíces. «Sirvió para que mucha gente conociera lo que hacía, pero sobre todo los de casa, porque ya había hecho muchas cosas fuera pero aquí muchos no me conocían». Berna, entonces y ahora, sigue teniendo más actuaciones fuera que aquí. Nos alegramos por él... Pero también nos da un poco de pena.

vmartinez@ztv.es

Lo que vendrá después del Diluvio

EL REFLEJO

La sociedad que salga de la crisis será diferente en muchos aspectos.

Por José Ángel Bergua Amores, presidente de la Asociación Aragonesa de Sociología



TRAS cinco años de tormenta perfecta la Asociación Aragonesa de Sociología cree que es el momento de hacer balance del desastre y, con esa finalidad, ha decidido organizar las II Jornadas Aragonesas de Sociología el 16 y 17 de Mayo de 2014. La idea general en torno a la que nos reuniremos es que, al haber comenzado a bajar algo las aguas, ya es posible vislumbrar la clase de mundo que la crisis nos va a dejar.

Por ejemplo, que el impacto de la crisis y la propia gestión que se ha hecho de ella ha aumentado la brecha entre ricos y pobres, pues entre 2007 y 2012 los segundos han perdido el 13,7% de sus ingresos por apenas el 1,1% los primeros. Por otro lado, el quintil más rico gana 7,5 veces más que el más pobre, siendo la media europea un 25% inferior. La desigualdad tiene graves consecuencias estructurales, pues empeora la esperanza de vida, la confianza (más que lo hacen el desempleo o la inflación), la salud mental (puede triplicar el porcentaje de personas con enfermedades mentales) y el nivel educativo.

Por otro lado, la precariedad y la exclusión han afectado por primera vez a la clase media, garante de la sociedad del consumo, amortiguador del conflicto de clases y base de la estabilidad política, por lo que en el futuro quizás vuelvan los conflictivos escenarios del siglo XIX y la primera mitad del XX. Como entonces, la solución al desamparo no está viniendo del Estado ni del Mercado. Pero, a diferencia de aquellos tiempos, la clase no ha aparecido como sujeto político con estrategias colectivas para afrontar el desaguado. Son las propias gentes, de un modo autoorganizado y a través de redes informales las que están capeando el temporal. Quizás este cambio haya llegado para quedarse, con lo cual el conflicto que atravesará lo social ya no será el de clases, sino entre las gentes y el binomio Estado-Mercado.

La crisis ha retratado a la política. Esto no es nuevo, pues desde la Transición la afiliación a los partidos políticos siempre ha oscilado entre el 2,3% y el 3,5%, la abstención media en procesos electorales y re-

ferendos ha sido del 40%, con picos del 60%, y la afiliación sindical ha variado entre el 9% y el 15% (frente al 70% de Suecia o Dinamarca). Además, el índice de confianza en los dirigentes es de 1,91 sobre 10 y en los partidos de 1,88, los más bajos de Europa. Frente a este panorama institucional tan desolador, tampoco la sociedad civil da la impresión de ser una alternativa, pues entre el 80% y el 90% jamás ha pertenecido a una asociación, colegio profesional, etc. Sólo el 15-M y otros movimientos sociales surgidos de la indignación han dado señales de vida. Con su sola aparición han llamado la atención sobre la existencia de un espacio exterior no solo a las instituciones sino también a la sobrevalorada sociedad civil.

Como ya ocurriera en otras partes del mundo con otras crisis, esta también ha tenido efectos en esferas aparentemente distintas. Por ejemplo, ha provocado movimientos en el ámbito de las identidades nacionales. La convocatoria de referendos en Escocia y Cataluña para decidir si quieren ser o no inde-

pendientes es un buen ejemplo. Con estas convocatorias se ha precipitado la inestabilidad de otro importante pilar de la modernidad, el estado-nación, levantado sobre identidades más frágiles de lo que aparentan y conflictos territoriales inacabados que hunden sus raíces en la compleja y tumultuosa historia europea, demostrando que el mapa de naciones es una realidad abierta y en permanente cambio, además de una fuente inagotable de conflictos. No es un problema que convenga menospreciar, pues afecta en potencia a gran parte del mundo actual, ya que los 184 Estados independientes del mundo (en 1950 solo eran 58) contienen más de 6.000 grupos de lenguas vivas y 5.000 grupos étnicos. Saber gestionar este asunto en términos creativos es una asignatura pendiente que, por lo visto, han sabido hacer Canadá, Gran Bretaña, Dinamarca, Suecia, etc., mientras que en otras partes del mundo, como España, continuando una atávica y temeraria tendencia a la negación de esta clase de problemas, es casi seguro que no se va a poder.

En todo caso, aunque fuera posible, además de ese escenario que podría tratarse en términos multiculturales o plurinacionales, hay otro, vivido de nuevo por las gentes, en el que la 'multi' o 'pluri' o 'inter' dimensionalidad (de naciones, etnias, religiones, etc.) se ve superada por lo 'trans'. Téngase en cuenta que en Londres las escuelas públicas cuentan con un conjunto de alumnos que hablan hasta 300 lenguas diferentes. Al otro lado del Atlántico, en Estados Unidos, la cantidad de niños y niñas nacidos de familias raciales mixtas creció de 500.000 en 1970 a dos millones en 1990 y a 6,8 millones según el censo del 2000. Lo 'trans' apunta a un fuera de las instituciones, ciencias e ideologías, ya que no cesa de permear fronteras, confundir los límites y emborronar identidades. La lengua, refractaria a los manejos institucionales y propensa a la hibridación y otras fecundidades, es un magnífico ejemplo de esto. En este sentido, la Ley 3/2013 de Uso, Protección y Promo-

ción de las Lenguas y Modalidades Lingüísticas de Aragón, además de añadir leña al fuego de la identidad, muestra la tradicional ceguera de las instituciones en relación a la desbordante vida de las hablas y lenguas.

En definitiva, el escenario poscrisis nos muestra las ruinas de las instituciones, ideologías y teorías que hasta no hace mucho permitieron gestionar, imaginar y pensar el mundo. Frente al Estado-nación, el Estado del bienestar, las clases medias, los partidos políticos, sindicatos, etc., no solo aparece su antimateria, disponible para ocupar el lugar de lo que se pierde (las naciones sin Estado, el Mercado, otras clases sociales, la sociedad civil), sino también un vasto espacio de actividad social en el que ocurren muchas más cosas que reclaman ser vistas: las hibridaciones frente a las identidades, lo común y las multitudes inteligentes frente al Estado y el Mercado, las situaciones y contextos sociales concretos frente a las clases, movimientos sociales cada vez más efímeros y fluidos frente a los partidos políticos, sindicatos y sociedad civil, etc.

Si la vieja lógica aristotélica sólo sabía ver 'A' y su espejo simétrico e inverso, 'no A', e instituyó los principios de identidad, no contradicción y tercero excluido, este nuevo mundo reclama la aplicación del tetralema taoísta, que incluye, además de A y no A, otros dos términos. El primero, 'A y no A', es del orden de la mezcla de lo instituido con su antimateria. La actitud política que le corresponde es la perversión. El segundo, 'ni A ni no A', habla de algo exterior y ajeno a lo que está instituido o quiere estarlo. Por eso es del orden de la subversión. Pensar estos dos términos exige pensamientos perversos que juegan con las distinciones y subversivos que las borran y/o inventan otras. Quizás el nuevo escenario que la retirada de las aguas nos deja entrever exige ser más subversivos que perversos. Sea como fuere, lo cierto es que el mundo de los conversos, sean positivos o negativos, es ya poco creíble y cada vez menos seductor.

¿Y ahora contra quién votamos?

LA OPINIÓN

Por Aurelio Viñas Escuer

ESTA frase, de connotaciones un tanto negativas, ya estaba en circulación cuando yo era niño, hace casi un siglo. La escuché en el declive del reinado de Alfonso XIII; luego, en los comicios de la Segunda República; más tarde, durante la larga dictadura franquista, y, desde hace bastantes años, en el sosiego relativo de la democracia actual. O sea que la frase sirve lo mismo para un roto que para un descosido. Es algo así como el denominador común de todos los planteamientos políticos. Quizá porque los españoles nunca hemos dado mucha importancia a nuestro voto; aunque la experiencia viene demostrando que un puñado de votos puede decidir muchas cosas.

Ahora estamos en vísperas de las elecciones europeas, a las que se quiere dar alcances históricos.

Aquí, la presentación más ruidosa de un candidato ha sido la de Arias Cañete, hasta hace nada ministro de Agricultura. Los candidatos de otros partidos vienen sonando de momento tan poco como si se tratara de personajes anónimos. Da la impresión de que todos, incluido el propio Arias Cañete, tienen un currículum vitae poco llamativo. Ojalá que Europa los eleve a la fama.

¿Y qué decir de las elecciones y su significado? Europa es demasia-

do compleja para que en ella tenga repercusiones importantes el resultado de los comicios de España. Es evidente que los elegidos tratarán de barrer para casa, pero otra cosa es que lo consigan, al menos de un modo significativo. Tendrán que enfrentarse con ideas políticas muy diversas, incluidas la xenofobia y el antieuropeísmo por los que abogan, más o menos solapadamente, otros países. Europa ha sido siempre un mosaico muy diverso. Los países del norte muy poco tienen en común con los del sur, entre los que se encuentra España. Ya era así en tiempos de Carlomagno, de Napoleón y de todas las disyuntivas históricas que han desfilado por su geografía. Además, entre los del norte y el sur están, y han estado siempre, a modo de árbitros, Francia y Alemania y, acechando desde

una especie de mirador, independiente y activa, la Gran Bretaña. Las tres han ido siempre a lo suyo, dejando opinar poco al resto.

Las limitaciones políticas de la Unión Europea las estamos viendo en la crisis de Ucrania, al borde de una guerra civil entre nacionalistas ucranianos y prorrusos. Putin y Obama van dando alguna orden, sin pasarse, pues es evidente que los dos rechazan un conflicto bélico importante. ¿Y la UE? Está más pendiente de los intereses económicos que de las vidas y el sufrimiento de los ucranianos. En el aspecto bélico prefiere mirar para otro lado y así no nos creamos enemigos. Y mientras todo esto sucede, unos y otros nos preguntamos, con el corazón y la cabeza, ¿contra quién votamos? La historia es así de fría e interesada.